

LA-VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ. LA BABILONIA AMERICANA¹

Consuelo Varela
Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

*Soy el rico Potosí, del mundo soy el tesoro, de
los montes soy el rey y envidia soy de los reyes.*

Esta divisa, que adornaba el primer escudo de la ciudad de Potosí cuando el emperador Carlos le concedió el título de Villa Imperial en 1553, refleja con toda claridad las pretensiones de una sociedad que se había enriquecido de la noche a la mañana, convirtiendo un poblado fantasma en una ciudad con méritos suficientes para atraer a su solar a toda clase de personajes deseosos de prosperar rápidamente.

El auge de Potosí duró desde 1545, fecha en la que el indio Gualpa reveló a Juan de Villarroel y al carmonés Diego Centeno la noticia de la existencia de una inmensa montaña de plata, hasta finales del siglo XVII. El declive, inevitable y rápido, fue ya imparable cuando al descenso del rendimiento argentífero –el Cerro comenzó a proveer estaño, en vez de plata– se unió la caída de la producción de mercurio en las minas de Huancavelica, que obligó a que el aprovisionamiento del azogue hubiera de hacerse desde Europa. En esos ciento cincuenta años se fue asentando una población, de muy diversas procedencias, que constituyó una sociedad muy particular y distinta de la que se había configurado en otras ciudades americanas.

¹ Esta es una versión revisada y con notas del artículo publicado en VARELA, 2000, 175-189. Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a la D.^a María Justina Sarabia Viejo, que ha revisado este texto, por sus correcciones y sugerencias.

Desde sus orígenes, Potosí se convirtió en un mito, aunque lejano, alcanzable. Buscadores de tesoros acudieron desde España y de otros países europeos, amén de los que, atraídos por su fama, llegaron a ella desde otras ciudades americanas. Muy pronto la expresión «vale un Potosí» fue de uso corriente, como demuestra la famosa frase de Don Quijote a Sancho: «si te fuese a recompensar en lo que tú mereces, las minas de Potosí no bastarían»²; y así también, en uno de sus famosos sermones, un jesuita portugués, el padre Antonio Vieira, soñaba con «un paraíso terrestre lleno de flores [...] un Potosí, próspero». Pero no sólo en la literatura ibérica aparece Potosí como un sueño dorado; también en la inglesa la expresión «*as rich as Potosí*» se encuentra con frecuencia, y hasta el capitán John Smith, el fundador de Jamestown en Virginia, declaró a un amigo en una ocasión: «No se permita que lo ordinario de la palabra pescado lo desagrede, pues le proporcionará algo bueno [...] oro como las minas de la Guayana o Potassie, con menos azar y carga y más certidumbre y facilidad»³. En fin, la reputación del Cerro alcanzó a los más lejanos confines de la tierra y hasta el jesuita Mateo Ricci lo incluyó en su mapamundi chino con el nombre de Monte Pei-tu-hsi.

UN CRISOL DE NACIONALIDADES Y RAZAS

El conocimiento de la población potosina en los primeros años de la vida de la ciudad nos viene dado, fundamentalmente, por las crónicas que escribieron el minero Luis Capoché en 1585 y Bartolomé Arzans de Orsúa y Velázquez y Bartolomé de Orsúa y Vela en los primeros años del siglo XVIII. La falta de protocolos notariales hasta la década de 1570, y el extravío de las actas capitulares anteriores a 1585, ha de ser suplido con otro tipo de documentación –abundantísima– que guardan los Archivos americanos y el General de Indias de Sevilla. Lástima que no dispongamos de los escritos de Antonio de Acosta, un noble portugués autor de la primera crónica particular de Potosí, impresa en Lisboa en 1672, traducida al castellano por Juan Pasquier y publicada en Sevilla un año después, de la que no ha pervivido ni un solo ejemplar. Infortunadamente tampoco conocemos la que redactó el capitán Pedro Méndez, nieto de Diego Méndez, el fiel servidor de Cristóbal Colón. Se cuenta que Méndez, encontrándose en México, tuvo acceso a un boceto de la Villa Imperial en el que aparecía dibujada una nube de forma cuadrada que se suponía que estaba justo sobre el gran Cerro. Cuando la

² Quizá el deseo de conocer Potosí fue lo que animó a Cervantes para solicitar un cargo real en el Perú, que no logró.

³ RAUP, 1953, 186-192.

nube se desplazase de la montaña, se decía que la producción de plata disminuiría. Con objeto de observar tan prodigioso espectáculo, el capitán Méndez se trasladó a Potosí en 1565, donde falleció en 1631 después de haber escrito una *Historia de Potosí* que conocemos a través de los textos que de la misma incluyó Arzans en su *Historia*⁴.

La situación geográfica de la futura Villa Imperial, situada en tierra fría, de muchas nieves, estéril y de ningún fruto, fue la causa de que no existiera población alguna con anterioridad al descubrimiento. Así, los primeros pobladores españoles construyeron casas temporales de forma rápida y nadie se molestó en construir calles hasta la visita del virrey Don Francisco de Toledo a la ciudad. No parecían contar con que la ciudad habría de crecer de manera desorbitada. Se dice que en los dieciocho primeros meses de su existencia llegaron a ella unas 14.000 personas. Apenas veinticinco años más tarde, el primer censo, mandado efectuar por ese mismo virrey en 1572, arrojó la suma de 120.000 habitantes y, hacia 1650, la población contaba ya con 160.000 almas, convirtiéndose tal vez en la mayor ciudad de América del Sur. Fue Toledo quien ordenó que la Villa Imperial se dispusiera en forma de damero, y redujo a los indígenas en parroquias, siguiendo un esquema de concentración que generó trece núcleos en torno a los templos de Santa Bárbara, San Lorenzo, Concepción, San Cristóbal, San Francisco el Chico, Copacabana, San Pedro, San Pablo, Santiago, San Benito, San Juan, San Bernardo, San Sebastián y San Martín. La Casa de la Moneda y la Catedral, tal como hoy las conocemos, no fueron construidas hasta bien entrado el siglo XVIII, cuando ya la actividad de la ciudad estaba en plena decadencia⁵.

Como decíamos más arriba, la sociedad potosina, más quizá que en cualquier otra población colonial, era variopinta. Los españoles, en su mayoría llegados de otras regiones americanas, eran de muy diversas procedencias y había tanto vascos como extremeños, andaluces o castellanos. De éstas, la comunidad vasca, aunque quizá no fuera la más numerosa, parece que era la más pendenciera, rica y emprendedora, pues en 1602 controlaba ochenta de los ciento treinta y dos ingenios que había en la ribera. Una situación que, como veremos más adelante, les haría merecedores del odio y la antipatía del resto de los españoles.

A éstos se unieron muy pronto un buen número de extranjeros. En primer lugar, por razones lógicas y de vecindad, acudieron portugueses, seguidos por flamencos, griegos, italianos, corsos, franceses, ingleses y alemanes. El censo que de ellos se efectuó en 1581 fue tan abultado que la Corona llegó

⁴ No es cuestión de entrar ahora en la autenticidad de las fuentes utilizadas por ARZANS; un tema que ya fue tratado sin llegar a conclusiones definitivas por MENDOZA y HANKE, 1965; y más tarde por RUIZ RIVERA, 1983, 103 y ss.

⁵ GARGANTÉ Llanes, 2007-2008, 250.

a inquietarse. El extranjero suele causar recelos a las autoridades y, en el caso de Potosí, con razones más que justificadas. No sólo eran competencia en los negocios mineros y en el control del tráfico de mercaderías, sino también, y esto era importante, podían ser judaizantes o herejes luteranos.

Portugueses eran el doctor Franco, mandado llamar por el virrey Antonio de Mendoza, como gobernante del Perú, para curar a los enfermos en el hospital⁶, el corregidor general Pereira, el riquísimo Antonio Alonso de la Rocha Meneses o Don Nicolás Antonio de Avis, digno representante de la Orden de Cristo⁷. Muchos portugueses dejaron el Brasil para buscar fortuna en el mercado potosino. Entre ellos llegó en 1599, «sin demostrar que era judío», el tabernero Antonio Rodríguez Correa a fin de instalar una pulpería. Un buen negocio en el que en tres años ganó tan buenos dineros que decidió probar fortuna en la capital, trasladándose a Lima. No contaba el infeliz con las garras del Tribunal de la Inquisición, que de inmediato lo prendió. Tras convertirse fue desterrado a España y, ya en Sevilla, tomó el hábito de Santo Domingo, que hubo de dejar ante las críticas de sus compañeros, que le decían «que no lo merecía». Menos mal que pudo probar fortuna en otra orden religiosa, en el convento de los mercedarios de Osuna, donde acabó sus días en olor de santidad, con el nuevo nombre de fray Antonio de San Pedro⁸.

La presencia de flamencos está atestiguada en el nombre de una de las primeras y más ricas vetas, la de los Flamencos⁹. Los Sandys (que los potosinos llamaban Sande), Enrique y Pedro, ingleses de pura cepa, fueron muy hábiles y consiguieron no levantar sospechas de luteranos; de haberlas habido, no sólo algún cronista lo habría mencionado, sino que también la Inquisición de Lima hubiera actuado con celeridad¹⁰. Un personaje famosísimo en la ciudad fue el turco Georgi Zapata, que llegó a Potosí en 1561 y que, tras enriquecerse en compañía de un cierto alemán, que las fuentes llaman a lo italiano, Gaspar Boti, regresó a Constantinopla donde recobró su verdadero nombre: Emir Sigala¹¹.

Aunque atraídos por la plata, también hubo en Potosí exiliados, como fue el caso de un miembro de la familia Medici, el florentino Nicolás de Benino, que abandonó su ciudad natal por motivos políticos para instalarse en Potosí, donde el virrey Mendoza le solicitó un informe sobre las minas que compuso en 1573. De las cuatro academias de esgrima que había en la Villa Imperial en 1621, dos eran de extranjeros: de un italiano y de un irlandés.

⁶ CAPOCHE, 1959, 142.

⁷ ARZANS, 1970, 55.

⁸ *Ibidem*, 48.

⁹ ARZANS, 1965, I, 63.

¹⁰ CAPOCHE, 1959, 131.

¹¹ ARZANS, 1965, I, 117-19.

Al principio los varones acudieron a Potosí sin sus familias; a una ciudad de frontera los hombres van solos, ignorando las quejas de sus esposas. Una de ellas respondió a un juez sevillano que le preguntaba si era casada: «Señor, sí, casada y mal casada, pues me dejó mi esposo por las minas del Pirú, concubinas de los ambiciosos». Así, el Nuevo Mundo era visto por éstas –y por sus confesores– como la viva imagen de la sensualidad y del pecado, pues, evidentemente, sus maridos se unieron a indias que les dieron los primeros mestizos potosinos. La Corona, celosa de mantener la castidad de los españoles casados, trató por todos los medios de obligarles a reunirse con sus esposas, ya fuera en España, ya fuera en otras ciudades americanas. Algunos se resistieron. Uno de estos fue Cornieles de Lamberto que, en 1593, horrorizado ante la idea de retornar a Chile, donde vivía su mujer, presentó un informe de su médico, el doctor Marco Antonio, en el que daba un diagnóstico incuestionable, «por tener Lamberto varias fístulas en la ingle y en la nalga, y otras en la vía del caño [...] no puede andar a caballo ni tener acceso carnal con su mujer». Desconozco el final de la historia.

En la Navidad de 1584 vino al mundo el primer criollo potosino. Fue un milagro. Se decía que el mal clima hacía abortar a las mujeres españolas, no acostumbradas a esas tierras y que, por ello, debían trasladarse en el momento del parto a dar a luz en alguno de los cercanos valles. Doña Leonor de Guzmán, esposa de Francisco Flores, había parido así seis hijos que no habían sobrevivido. Sintiendo de nuevo embarazada y harta de tanto ajetreo que no le había sido de utilidad, decidió tener su hijo en Potosí y encomendarse a San Nicolás de Tolentino, siguiendo las indicaciones del prior de los agustinos. El santo le favoreció y el 24 de diciembre dio a luz un hijo «muy hermoso», al que puso por nombre Nicolás. La noticia se expandió como la pólvora y al punto todas las señoras embarazadas ofrecieron sus hijos al santo. La diligencia fue recompensada, pues, según nos cuenta Bartolomé Arzans, «todas lograron sus hijos y todos se llamaban Nicolás en aquellos tiempos».

El trabajo en las minas exigía una mano de obra que hubo que importar. De acuerdo con las ordenanzas del virrey Toledo, un tercio de los indios sujetos a tasa acudía anualmente al trabajo del Cerro a cambio de un salario. Cuando los 13.340 indios censados acudían a Potosí, acompañados de sus mujeres e hijos «estaban los caminos [tan] cubiertos que parecía que se mudaba el reino», como afirma en frase certera Capoché, pues juntos debían de sumar una población estacional de alrededor de 40.000 almas. Eran los mitayos.

Otros indígenas iban a Potosí por su propia voluntad y se alquilaban en las plazas para trabajar como «mingados». Más belicosos que los anteriores, recibían mayores salarios, cobraban por adelantado y al contado y, a veces, había que proporcionarles coca como parte de su sueldo. Una medida que utilizaban con frecuencia los dueños de minas para evitar que, al mediodía,

aprovechando la pausa del almuerzo, les dejaban plantados para irse con otros empresarios. A menudo los «mingados» se empleaban con otros indios que no querían servir en la mita¹².

Las autoridades defendieron siempre que los indios pudiesen rescatar minerales por su cuenta, en contra del parecer de los mineros, que consideraban que el material así adquirido era ilícito. A las quejas de éstos se unían las voces de algún que otro predicador, como el jesuita Diego de Baena, que públicamente anunciaba que todos cuantos les permitiesen rescatar incurrirían en pecado mortal. Con la plata que los indios refinaban en sus guairas sufragaban «la comida, fruta y otros refrescos» que consumían cuando salían de trabajar. También con plata pagaban los mineros los «servicios» de las indias que acudían a las minas para que se sirviesen de ellas.

Por encima de los infelices indios «mitayos» y «mingados», otros indígenas ostentaban puestos importantes y los había muy ricos como Don Hernando Ayaviri, un «indio de mucha razón que lee y escribe muy bien y con ello ayuda en lo que se ofrece tocante a los indios», al decir de Capoché¹³, o Don Juan Collqui. Era éste el capitán principal de los indios quicayas, que en 1578 quiso legitimar a sus cinco hijos naturales y educar a tres de ellos en España para que conociesen la corte y fuesen presentados al monarca, según informó Juan de Matienzo al rey. Matienzo recomendó al punto el despacho, pues «sin el estímulo de D. Juan los indios no trabajarían en las minas». Collqui, que podía considerarse un hombre culto, ya que había asistido a clases de Gramática en el convento de los jesuitas, era un españolista que «andaba vestido a nuestro modo, con mucha seda», por lo que afirmaba Capoché que sus compatriotas le tenían en poca estima¹⁴.

La presencia de negros en Potosí fue temprana. Ya en el censo de 1611 se señalaba que de los 160.000 habitantes, había «6.000 negros, mulatos y zambos de entrambos sexos de diversas provincias del mundo»¹⁵. La mayoría trabajaban para sus amos en el Cerro o en las labores domésticas, representando un símbolo de ostentación social: cuantos más esclavos, más poder social; además, claro está, participaron junto a sus dueños en la guerra de vascongados y vicuñas, en la que, según el computo de Arzans, murieron 2.345 personas entre negros, mulatos, indios y mestizos. De los negros se servían sus amos para castigar a los indios, lo que les hacía sentirse superiores para insultarlos y «hacerles toda clase de vejaciones», con la consiguiente crítica de Bartolomé de Arzans en su *Historia*¹⁶.

¹² BAKEWELL, 1989

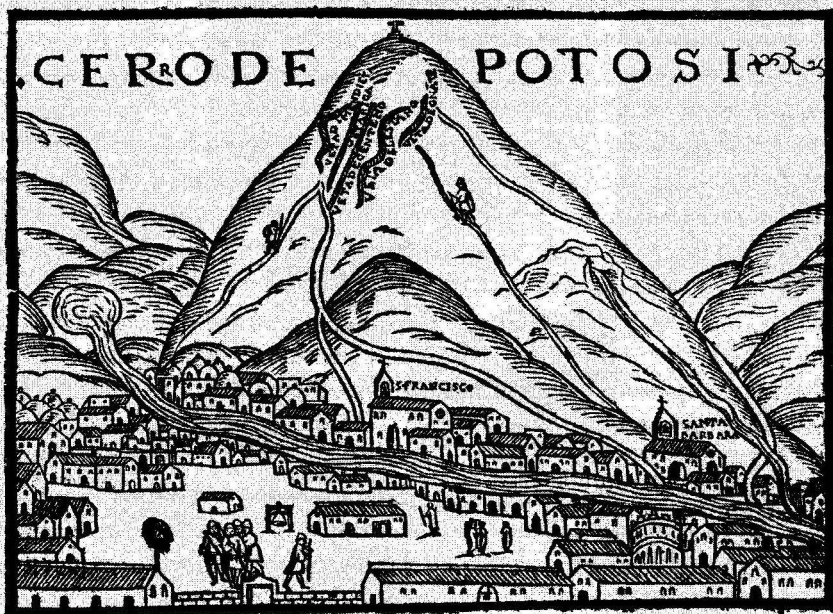
¹³ CAPOCHE, 1959, 137.

¹⁴ *Ibíd.*, 137.

¹⁵ ARZANS, 1965, II, 228.

¹⁶ *Ibíd.*, III, 91.

Parte primera de la



Las minas de Potosí, y otras que se han visto en estos reynos muchas dellas desde el tiempo de los Incas está abiertas y descubiertas las vetas de donde sacaua el metal: pero las que se hallaron en este cerro de Potosí (de quien quiero agora scriuir) ni se vio la riqueza que auia, ni se sacó del metal hasta que el año de mill y quinientos y quarenta y siete años, andado un español llamado Villarreal con ciertos Indios abufcar metal que sacar, dio en esta grandezza que esta en un collado alto de la postura que aqui va figurado: el mas hermoso

y bien asentado que ay en toda aquella comarca. Y porque los Indios llaman Potosí a los cerros y cosas altas, quedosele por nombre Potosí, como le llama. Y aunque en este tiempo Gonzalo Pizarro andaba dando guerra al visorrey, y el reyno lleno de alteraciones causadas desta rebellion, se pobló la falda deste cerro: y se hizieron casas grandes y muchas: y los Españoles hizieron su principal asiento en esta parte: pasandose la justicia a el: tanto que la villa estaua casi desierta y despoblada. Y así luego tomaron minas, y descubrieron por lo alto del cerro cinco vetas riquísimas: que nombra veta rica, veta del

UN PERMANENTE ESPÍRITU DE FRONDA

Como ya se ha señalado, tanto el pueblo como las autoridades potosinas vivían alterados por un espíritu de fronda. El resentimiento de los aborígenes y mestizos y las continuas protestas de los criollos, que se veían postergados por los chapetones, llevaron a luchas constantes en la colonia entre los diversos grupos sociales. Estos enfrentamientos, inevitables, fue el pago que hubo de abonar una población que era excesivamente diversa, con demasiadas nacionalidades, tanto españolas como indias o extranjeras, cada una con su lengua y cada una con sus propios intereses; y si a esto unimos la lejanía del poder central que la controlara, el cuadro no puede ser más desalentador.

Por lo menos tres conspiraciones se registraron en la segunda mitad del siglo XVI. La primera fue la de Juan Fernández, que en 1585 planeó hacerse rey e incluso había ya elegido a una viuda, María Álvarez, para que compartiese con él su reino, olvidándose de que era casado. Un año más tarde, los mestizos provocaron un motín que no prosperó. En 1599 Don Gonzalo Luis de Cabrera y el relator de la Audiencia de la Plata, Juan Díaz de Ortiz, pretendieron hacer llegar a la ciudad unos cientos de ingleses para hacerse con el poder. Tan revuelta andaba la incipiente colonia que todos querían dominarla a su antojo.

La intranquilidad ciudadana comenzó a hacerse especialmente incómoda a comienzos del siglo XVII, cuando los «de la nación vascongada» consiguieron acaparar el poder. En 1602 había en Potosí 200 azogueros y 160 mercaderes vascos; de los 12 mercaderes de plata, ocho también lo eran, así como seis de los 12 veinticuatro en el Ayuntamiento; vascongados eran los alcaldes veedores del Cerro: de los 38 oficiales con que contaba la Casa de la Moneda, 22 eran vascos y también 6 de los 10 de las Cajas Reales. Ricos y con tales cargos se señorearon de la ciudad atrayendo las iras de todos, especialmente de los criollos, que «pidieron a sus padres, que de ninguna manera les diesen a sus hermanas en matrimonio»¹⁷. Esa fue la espita que desencadenó una guerra civil que se conoce con el nombre de «guerra entre vascongados y vicuñas», llamados así por el uso de pieles en los sombreros¹⁸. El período álgido de la contienda duró entre 1623 y 1626. Fueron años de luchas feroces que se interrumpían cuando había un acontecimiento que celebrar. Los potosinos no podían dejar de conmemorar adecuadamente el fallecimiento de Felipe III en 1622, ni tampoco pasar por alto el 20 de junio de 1624, día en el que se organizaron costosos fastos para celebrar la canonización de San Ignacio de Loyola; no en vano un sobrino del santo, Don Martín de Loyola, casado para más *inri* con una princesa india, había sido su gobernador en 1579. Pactos

¹⁷ ARZANS, 1970, 64 y ss.

¹⁸ MENDOZA, 1954. Una buena puesta al día del problema vasco en Kintana, 2002.

bélicos aparte, la guerra causó daños irreparables en la sociedad potosina. Como si se tratara de un informe estadístico, Arzans, al finalizar el relato de cada año en sus *Anales*, hace un recuento puntual de los hechos. La contienda, no podía ser de otra forma, tuvo un final feliz. Se acordó la paz en la iglesia franciscana y se selló, como en las guerras europeas, con un pacto de familia: el matrimonio de la hija de uno de los líderes, Doña Eugenia Castillo, «hija única y muy hermosa de D. Francisco Castillo», con Don Pedro de Oyanume, hijo del capitán de la banda rival, Don Francisco de Oyanume. La novia llevó 700.500 pesos de dote¹⁹.

LA VIDA COTIDIANA DE UNA SOCIEDAD PRETENCIOSA Y SUPERSTICIOSA

Pobres o ricos, blancos, indios, negros o coloreados, todos los ciudadanos potosinos tenían en común un chauvinismo particular que les hacía sentirse orgullosos de su ciudad, y así lo comunicaban en Informes y Memoriales que enviaban cada dos por tres a la metrópoli. En ellos, no sólo solicitaban beneficios económicos y mercedes variadas, sino también más y más títulos que añadir al lema de su ciudad, ya de por sí abultado²⁰. El recuerdo de una ciudad de la que se sentían orgullosos les perseguiría siempre. El mercader Juan Marroquí, al regresar a la Península, no quiso olvidar su estancia potosina y por ello, en su escudo de armas que había colocado en el zaguán de su casa sevillana, quiso que estuviera dibujada una guaira. Cuenta Capoche que de chiquillo se quedaba extasiado admirando ese extraño objeto; aún no sabía que la guaira era el horno incaico de fundición que había contribuido a la fortuna del dueño de la casa²¹.

Era Potosí una ciudad rica y desordenada y, como la definió Lewis Hanke, con un cierto aire de *Far West*, donde todo lo imaginable era posible. Las peleas se habían convertido en ella en un deporte frecuente y, según parece, la única forma de llegar a consensos. En 1604, los sastres se fueron a las armas para llegar a un acuerdo sobre quien debía de ostentar la presidencia de su gremio; al menos en una ocasión los agustinos resistieron a la justicia con las «espadas desnudas»; los caballeros veinticuatro asistían al Cabildo siempre armados, y hasta eclesiásticos de la más alta graduación se disputaban a palos los sitios preferentes en las procesiones. La pelea era tan

¹⁹ ARZANS, 1970, 84.

²⁰ Otros personajes como Don Antonio Merlo de la Fuente, más preocupados por aumentar la recaudación real y hacer cumplir la legislación, enviaron a la metrópoli memoriales y avisos quejándose del fraude que se efectuaba en la Casa de la Moneda de Potosí en 1650. GIRÁLDEZ, 2006.

²¹ CAPOCHE, 1959, 110.

habitual que los jóvenes potosinos, en los días más crudos del invierno y para demostrar su valor, organizaban –como si de una fiesta se tratara– singulares combates en los que los contendientes luchaban desnudos de medio cuerpo para arriba. Cuando no se las raptaba, también a golpes se resolvía la rivalidad por el favor de las mujeres²².

La sociedad potosina, en parte por estar compuesta por un buen puñado de nuevos ricos, poseía un sentido lujoso de la vida. El boato de las casas, los elevados costes de los vestidos –se decía que muchas damas poseían mejores y más lujosos trajes que la mismísima princesa de Asturias²³–, el esplendor de las fiestas... son para contar. Las anécdotas –más o menos extraordinarias– se suceden en todas las crónicas particulares. Como muestra, resulta significativo revisar las excesivas dotes que muchos caballeros dieron a sus hijas. El general Pereira dotó a su hija Doña Plácida Eustaquia con 2.300.000 pesos, cuando casó en 1579; mas modesto, el general Mejía, sólo dotó a la suya, Anarda, en 1612 con un millón²⁴; Doña Catalina Argandoña llevó 800.000 pesos, además de unas haciendas de viñas, cuando casó con Don Luis Esquivel. Hasta el año de 1647 se cuentan más de ocho dotes en que la menor pasaba de 200.000 pesos. No está nada mal.

La rapidez en hacer fortunas, ganadas o pérdidas de la noche a la mañana, les hizo olvidar sus orígenes modestos y algunos llegaron a inventarse pasadas hidalguías. Así lo recordaba Tirso de Molina en su comedia *Amazonas de las Indias*, en donde inventa una conversación en la que Alvarado señalaba a Almagro el origen de su hacienda:

Advierte que no nobleza
buscaron aquí, sino oro,
y la que te dexó
tu padre el Adelantado,
en el Perú la ha medrado.

A lo que preguntó Almagro, descompuesto de tal descubrimiento:

¿Luego no en España?

Y le respondió Alvarado:

no,
que España ignora quién es²⁵.

²² Tanto los *Anales* como la *Historia* de Bartolomé ARZANS están llenos de anécdotas de «memorables batallas» por el favor de alguna dama y no pocos raptos, con o sin consentimiento de las doncellas.

²³ CONCOLORCORVO, 342.

²⁴ Cuenta ARZANS, en sus *Anales*, 60, que tan cuantiosa dote produjo el regocijo de los empleados del padre, felices de que la hija le hubiese quitado «parte de lo que les había robado».

²⁵ MOLINA, 2003, 250.

Aparte de las autoridades civiles y religiosas, el minero era la figura social primordial, seguida muy de cerca por los mercaderes. Todos ellos, ávidos consumidores, hicieron que Potosí se convirtiera en uno de los destinos preferidos de los comerciantes, que la surtían de géneros de todas partes del mundo. A la Villa Imperial llegaban regularmente,

sedas de todas clases y géneros tejidos de Granada; medias y espadas de Toledo; ropa de otras partes de España; hierro de Vizcaya; rico lino de Portugal; tejidos, bordados de seda, de oro y de plata, y sombreros de castor de Francia; tapicería, espejos, escritorios finamente trabajados, bordados y mercería de Flandes; ropa de Holanda; espadas y otros objetos de acero de Alemania; papel de Génova; sedas de Calabria; medias y tejidos de Nápoles; rasos de Florencia; ropa, bordados y tejidos finos de Toscana; puntas de oro y plata y ropa fina de Milán; pinturas y láminas sagradas de Roma; sombreros y tejidos de lana de Inglaterra; cristales de Venecia; cera blanca de Chipre, Creta y la costa mediterránea de Africa; grana, cristales, marfil y piedras preciosas de India; diamantes de Ceilán; aromas de Arabia; alfombras de Persia, el Cairo y Turquía; todo género de especias da Malaya y Goa; porcelana blanca y ropa de seda de China; negros de Cabo Verde y Angola; cochinilla, vainilla, caco y maderas preciosas de la Nueva España y de las Indias Occidentales; perlas de Panamá; ricos paños de Quito, Riobamba, Cuzco y otras provincias de las Indias; y diversas materias primas de Tucumán, Cochabamba y Santa Cruz²⁶.

Esta lista, tan puntual que hasta incluye a los negros caboverdianos y angoleños como mercancía, es el documento más claro para ilustrar el lujo del mercado potosino de comienzos del siglo XVIII. Un comercio que requería una portentosa organización que venía desde los inicios de la colonia, pues al oficio de mercaderes se dedicaron muy pronto los potosinos. Eso sí, como no parecía bien que un castellano viejo emprendiera tan indigno oficio, al principio algunos caballeros aseguraban que sus viajes comerciales eran partidas de caza. Sin duda fueron éstos los que comenzaron a adornar las paredes de las casas de postas, los tambos, con los *grafitti* «que con carbones imprimen en las paredes [...] que ofenden los oídos y vista», que tanto escandalizaron a Concolocorvo²⁷.

Las diversiones de los potosinos eran de todo tipo. Cada dos por tres se organizaban juegos de sortijas, corridas de toros, bailes, etcétera. Aunque el festejo por antonomasia en Potosí era el Carnaval, cualquier acontecimiento, ya fuera un casamiento, un cumpleaños o la llegada de un nuevo vecino «principal», merecía una celebración. Quizá la fiesta más espectacular fue la de cañas y sortijas que celebraron los criollos con motivo del Corpus de 1608,

²⁶ HANKE, 1954, 55-56.

²⁷ CARRIÓ DE LA VANDERA, 1959, 341 y ss.

en la que hubo seis días de comedias, ocho de toros, tres de saraos, dos de torneos, amén de seis noches de máscaras²⁸. Junto a estas fiestas privadas, a las que sólo tenían acceso unos pocos invitados, los potosinos podían acudir a otros lugares de diversión. En el siglo XVII la ciudad contaba con unos 800 tahúres profesionales y con 120 prostitutas, entre las que destacó Doña Clara, una bellísima mujer a cuya casa decorada con lujo asiático, al decir de los cronistas, acudían los más ricos mineros del lugar.

Los entretenimientos de los indígenas consistían en organizar grandes borracheras, presididas por los alcaldes indios de las parroquias, los primeros en embriagarse. Tan famosas eran las orgías a que indios e indias se entregaban, que Toledo intentó remediar el problema abriendo tabernas específicas para ellos, en las que pudieran beber parcamente y donde sólo se les despachara en determinadas ocasiones. No lo consiguió. Capoché recomienda otra medida que consideraba más eficaz. Proponía el cronista que se diera a los capitanes de indios, que solían ser gordos, unas buenas mulas en las que pudieran visitar diariamente a sus indios para tenerlos bien controlados y evitar que se emborrachasen, al menos en el trabajo²⁹.

Esta imagen de lujo y desenfreno, que aparece constantemente en las crónicas potosinas como el rasgo más representativo de la Villa, no se corresponde enteramente con la realidad. Frente a riquísimos ciudadanos civiles y eclesiásticos, que imitándose rivalizaban en ostentaciones varias, hubo también españoles pobres, como demuestra que, en 1592, el Cabildo municipal tuviera que instalar una posada para albergarlos. Potosí era, además, una ciudad poblada de vagabundos. Unos trotamundos que habían acudido a ver el espectáculo de esa urbe mítica, sin trabajo y sin ganas de tenerlo, que vivían de limosnas o del pillaje. Se trataba de una población flotante que inquietaba a las autoridades, que a menudo despachaban cédulas para que fuesen desterrados. Y hasta la Corona llegó a ordenar que, para eliminarlos, fuesen enviados a nuevos descubrimientos y conquistas.

Toda ciudad de frontera –y de las características que adornaban a Potosí– es un caldo abonado para que se produjeran toda clase de fenómenos paranormales. En Potosí los milagros y las apariciones, ya de demonios ya de resucitados, eran frecuentes³⁰, así como las grandes catástrofes naturales de las que los frailes hacían responsables a los muchos pecados de sus habitantes³¹. Castigo de Dios eran todos los males que aquejaban periódicamente a la

²⁸ ARZANS, 1970, 51-56.

²⁹ CAPOCHE, 1959, 141.

³⁰ Menudo susto debieron de llevarse los potosinos cuando, en 1618, Mariana DE BENAVIDES regresó a Potosí después de haber estado ocho años en el purgatorio. Así, en ARZANS, 1970, 65.

³¹ Castigo de Dios fue la famosa peste de 1560 y 1561, que mermó gran parte de la población. *Ibidem*, 31.

ciudad, ya fueran pestes, riadas, nevadas o hambrunas. A los pecados de los potosinos atribuye Arzans los cuatro grandes desastres que acabaron con destruir la villa: las guerras de vicuñas y vascongados, la inundación de la laguna de Caricari en 1626, la rebaja de la moneda y el empobrecimiento de los metales del Cerro a mediados del siglo XVII y la peste general de 1719-1720³². Es probable que los potosinos, de tanto como se les recordaban sus vicios, contrajeran un complejo de culpabilidad que les impelió a hacer donaciones a instituciones religiosas y a dejarles en sus testamentos crecidas sumas. Aunque la población tenía poca devoción por las cosas divinas, tras cada catástrofe los potosinos daban no solamente dinero para la construcción y enriquecimiento de los templos, sino que también ellos mismos echaban una mano, «sin excusarse las nobles señoras»³³.

Como buenos supersticiosos, los potosinos estaban convencidos de que el influjo de las estrellas era determinante en sus vidas. De Mercurio les venía ser «sabios, prudentes e inteligentes en sus tratos y comercio», de Júpiter el ser magnánimos, de Venus y de Libra el ser «cariñosos y amigos de la música y festines, y trabajadores por adquirir riquezas y algo dados a gustos venéreos»³⁴. La necesidad de averiguar el futuro permitió que proliferaran astrólogos como aquel italiano que «hacía pronósticos ciertos»³⁵. Eran frecuentes además los hechiceros, entre los que destacaron Claudia, que utilizaba la coca para sus artes, y otra compañera, que se hacía llamar Tutapáhuac (que en castellano significa *la que vuela de noche*), una maga tan prodigiosa «que podía competir con las antiguas Circes y Medeas»³⁶. Con objeto de educar a los vecinos, el fraile agustino Antonio de Calancha redactó una *Crónica moralizada de la orden de San Agustín en el Perú*, que se convirtió en la guía espiritual de los escogidos³⁷.

Aunque no parece que las Musas pararan mucho en la ciudad, sí hubo a lo largo de su historia algunos vates que llegaron a alcanzar cierto prestigio. Entre ellos destacó el sevillano don Luis de Ribera, que el 1 de marzo de 1612 dedicó en Potosí a su hermana doña Constanza María de Ribera, como fruto de su conversión religiosa, unas *Sagradas poesías*. Por los mismos años, el poeta Diego Mejía de Fernangil, asombro de sus vecinos porque leía *Os Lusíadas* de Camoes en portugués, consideraba que Potosí era un lugar seguro y agradable para él y su familia³⁸. Y en Potosí, como recordó Juan Gil, leyó

³² ARZANS, 1965, III, 91 y ss.

³³ Ibídem, I, 222.

³⁴ ARZANS, 1970, 28.

³⁵ ARZANS, 1965, II, 266.

³⁶ Ibídem, II, 267 y 418.

³⁷ El primer volumen apareció en Barcelona en 1631, siendo traducido poco después al latín y al francés. El segundo tomo, que quedó incompleto, fue publicado en Lima en 1653.

³⁸ HANKE, 1967, 67.

Mejía el libro del jesuita Jerónimo Nadal; redactó la *Oración en loor de Santa Ana*, la *Égloga del Buen Pastor* y la *Égloga del Dios Pan* y allí, por fin, terminó la *Segunda parte* y *Tercera parte del Parnaso Antartico*: la «Advertencia al lector» de la *Segunda parte*, dedicada al virrey príncipe de Esquilache, lleva la fecha de 15 de enero de 1617³⁹.

Algunos vecinos utilizaron sus artes literarias para obtener mercedes o privilegios. En 1666 Tomás García Muriel, boticario del hospital, dedicó al rey unos versos y unos romances para que, en recompensa, se le diera el título de capitán general de los naturales de la mita del Cerro. Más ambicioso, al menos en su extensión, Diego Rodríguez Enríquez de Figueroa, informaba al virrey Don Martín Enríquez de Almansa que estaba escribiendo, a manera de descanso, una *Relación* de la cultura de los incas y una *Historia* de los primeros españoles en el Perú, incluyendo Potosí y un dibujo de todas las minas. El motivo no era otro que solicitar que se le restituyesen los doce indios que se le habían quitado de la mina, pues de otra forma se arruinaría. En Potosí, no podía ser en otro sitio, Álvaro Alonso Barba redactó su *Metallurgia* en 1640.

Ninguno de ellos publicó su obra en Potosí, ciudad en la que no hubo una sola imprenta hasta pasados trescientos años de su fundación. Paradójicamente, como señaló Hanke, los potosinos, deseosos de impresionar a sus conocidos en España, costearon en la Península lujosas ediciones, como hizo el gallego Antonio López de Quiroga con la obra de fray Felipe de la Gándara, *Nobiliario...del reino de Galicia*, publicada en Madrid en 1677, y un año más tarde, *Palmas y triunfos...del reino de Galicia*⁴⁰.

Entre los pintores que destacaron en el siglo XVII merece recordarse al cochabambino Melchor Pérez Holguín, que entre sus numerosas obras retrató la monumental entrada del virrey Morcillo en Potosí en 1716, hoy en el Museo de América de Madrid⁴¹.

A pesar de que en 1616 se construyó el primer teatro, no parece que los potosinos estuvieran muy interesados por elevar su nivel intelectual. Se dice que ningún minero envió a sus hijos a estudiar a Salamanca, prefiriendo que lo hiciesen en la Universidad de Lima. No deja de sorprender esta actitud un tanto provinciana, que sólo se justifica por un sentimiento de superioridad que les hacía despreciar cuanto ignoraban. No parece que la huella dejada por viajeros o transeúntes más cultivados calara a fondo.

* * *

³⁹ GIL, 2008.

⁴⁰ Cf. su Introducción a CAPOCHE, 1959, 31.

⁴¹ MORENO CEBRIÁN, 2001.

En Potosí todo lo movía la plata. En un principio de manera desordenada. Como señaló Ruiz Rivera, los vecinos y moradores comenzaron a labrar las minas sin acordarse de construir viviendas adecuadas, olvidándose incluso de elegir un Cabildo y de solicitar un corregidor⁴². Más adelante, como recordaba Galeano, «la plata levantó templos y palacios, monasterios y garitos, ofreció motivo a la tragedia y a la fiesta, derramó la sangre y el vino, encendió la codicia y desató el despilfarro y la aventura»⁴³.

Con los altibajos lógicos, la ciudad de Potosí se mantuvo anclada en el pasado como si los años no pasaran por ella. Los potosinos cultivaron un mito y vivieron de él llegando a confundir la realidad con la ficción. Así, cuando en 1825 acudió Simón Bolívar a visitarla, los potosinos –arruinados– le organizaron un recibimiento espectacular. Se construyeron arcos triunfales y vistieron con plumas y trajes de vistosos colores a miles de indios que habían de aclamarlo a su paso. Durante las siete semanas que duró su estancia se multiplicaron los banquetes, no faltaron ni bailes ni corridas de toros y las más de las noches se lanzaron espectaculares fuegos de artificio. Potosí se entregaba al Libertador con el mismo lujo y exageradas exhibiciones que antaño. Bolívar, agradecido y emocionado, al colocar su estandarte en una de las cimas que dominaban la ciudad, declamó:

Venimos venciendo desde las costas del Atlántico, y en quince años de una lucha de gigantes hemos derrocado el edificio de la tiranía, formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia [...]. En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo⁴⁴.

Los potosinos habían recuperado, si es que alguna vez lo habían perdido, el orgullo de sentirse únicos y superiores.

BIBLIOGRAFÍA

- ARZANS DE ORSÚA Y VELA, Bartolomé, *Anales de la Villa Imperial de Potosí*, La Paz, Ministerio de Educación y Cultura, 1970.
- *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, edic. de Luis Hanke y Gunnar Mendoza, 3 vols., Providence, Rhode Island, Brown University, 1965.

⁴² RUIZ RIVERA, 1983, 104.

⁴³ GALEANO, 2004, 37. Tomo la referencia de GARGANTÉ LLANES, 2007-2008, 250.

⁴⁴ Sobre la estancia de Bolívar en Potosí, cf. MILLER, 1829. Tomó la cita de HANKE, 1965, 12.

- BAKEWELL, Peter John, *Mineros de la montaña roja: el trabajo de los indios en Potosí, 1545-1650*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- CAPOCHE, Luis, *Relación general de la villa imperial de Potosí*, edic. y estudio preliminar de Lewis Hanke, Madrid, Atlas, 1959.
- CARRIÓ DE LA VANDERA, Alonso, *El Lazarillo de ciegos y caminantes*, edic. de J. Pérez de Tudela, Madrid, Atlas, 1959.
- CONCOLORCORVO, véase Carrió de la Vandra.
- GALEANO, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, México DF, Siglo XXI Editores, 2004.
- GARGANTÉ LLANES, Maria, «La filiación catalana de la catedral de Potosí: aproximación a un modelo», *Locus Amoenus*, 9, 2007-2008, 250-276.
- GIL, Juan, «Diego Mexía de Fernangil, un perulero humanista en los confines del mundo», Jesús María Nieto Ibáñez y Raúl Manchón Gómez (coords.), *Humanismo español entre el Viejo Mundo y el Nuevo*, León, Universidad de León, 2008, 67-141.
- GILES, Lionel, «Translations from the Chinese world map of Father Ricci», *Geographical Journal*, LVII, 1919, 367-385.
- GIRÁLDEZ, Arturo, «La primera globalización y un inquisidor en el Potosí de 1650: El Memorial de Don Alonso Merlo de la Fuente», *eHumanista*, 7, 2006, 172-206.
- HANKE, Lewis, *La villa Imperial de Potosí. Un capítulo inédito en la Historia del Nuevo Mundo*, Sucre, Universidad de San Francisco Javier, 1954.
- «El otro tesoro de las Indias: Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela y su *Historia de la villa imperial de Potosí*», Norbert Polussen y Jaime Sánchez Romeralo (coords.), *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas*, Nimega, Instituto Español de la Universidad de Nimega, 1967, 51-72.
- KINTANA GOIRIENA, Jurgi «La 'nación vascongada' y sus luchas en el Potosí del siglo XVII, Fuentes de estudio y estado de la cuestión», *Anuario de Estudios Americanos*, LIX/1, 2002, 287-310.
- MENDOZA, Gunnar, *Guerra entre vascongados y otras naciones de Potosí*, Potosí, Revista Historia de Arte, 1954.
- MILLER, John, *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú* [Londres, 1829], Madrid, Victoriano Suarez, 1910.
- MOLINA, Tirso de, *Amazonas en las Indias*, ed. M. Zugasti, en *Obras completas. Cuarta parte de comedias*, II, Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsianos, 2003.
- MORENO CEBRIÁN, Alfredo, «La fastuosa entrada del Virrey Arzobispo Morcillo en Potosí, 1716», *Torre de los Lujanes*, 44, 2001, 181-205.
- RAUP, George Bautista, «Captain John Smith, Adventurer Extraordinary», *The Virginia Magazine of History and Biography*, 61/2, 1953, 186-192.
- RUIZ RIVERA, Julián B., «Potosí: tensiones en un emporio minero», *Anuario de Estudios Americanos*, 40, 1983, 103-137.
- VARELA, Consuelo, «El magnetismo de Potosí. La Babilonia Americana», Juan Marchena (coord.), *Potosí. Plata para Europa*, Sevilla, El Monte, 2000, 175-189.